

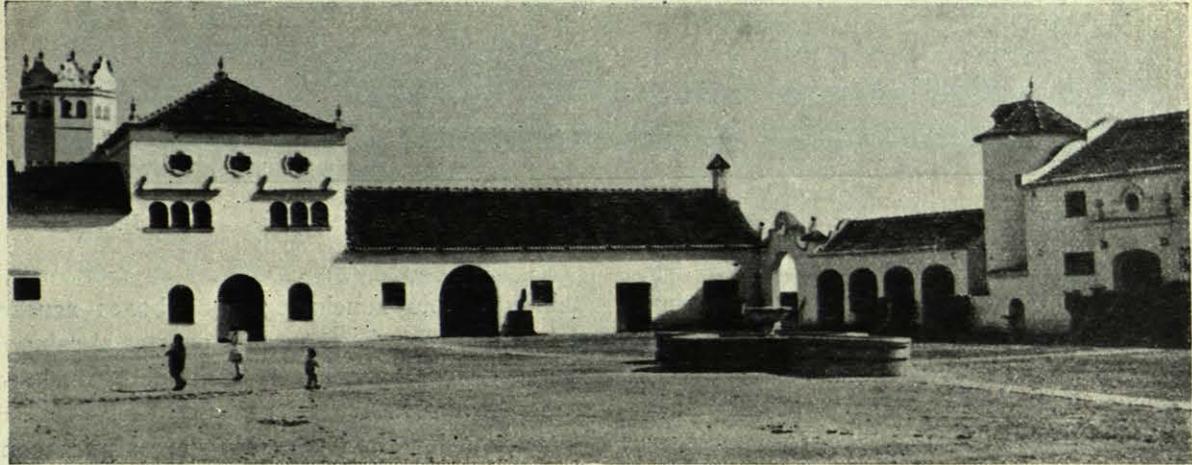


SILO Y CUADRAS EN LA ISLA MÍNIMA.

CASERÍO DE LA ISLA MÍNIMA

(SEVILLA)

ARQUITECTO VICENTE TRAVER



ANGULO DEL PATIO.

Arq. V. Traver.

EN las tierras y marismas del bajo Guadalquivir, que, separadas hace medio siglo de Isla Menor por la Corta de los Jerónimos, formaron Isla Mínima, han hecho la inteligencia y perseverancia de su propietario, el marqués de Olasso, una magnífica propiedad agri-

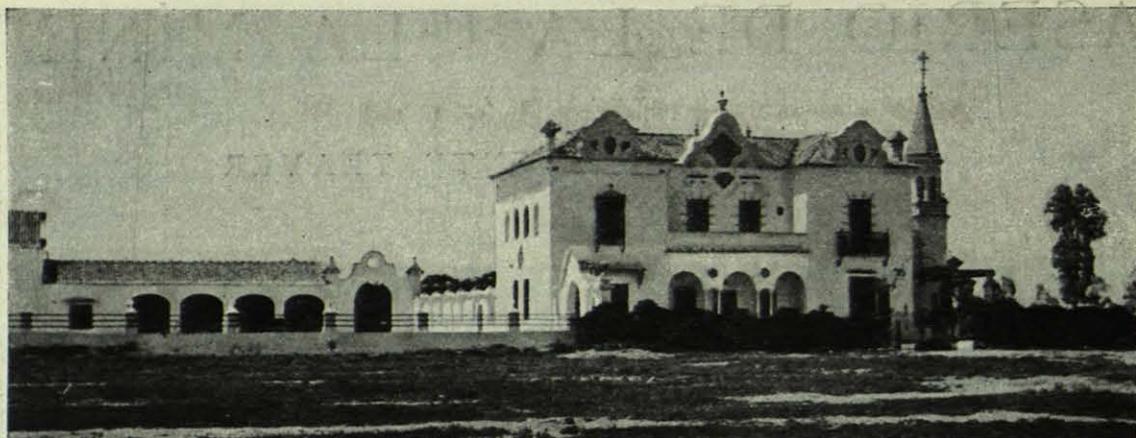
cola y ganadera, completada con el caserío que reproducimos.

La base es un gran patio con un lado abierto frente al río, y, en sus tres costados, viviendas y maquinarias, cuadras y boxes y la casa-habitación, con capilla y jardines. Toda la construcción



CONJUNTO.

Arq. V. Traver.



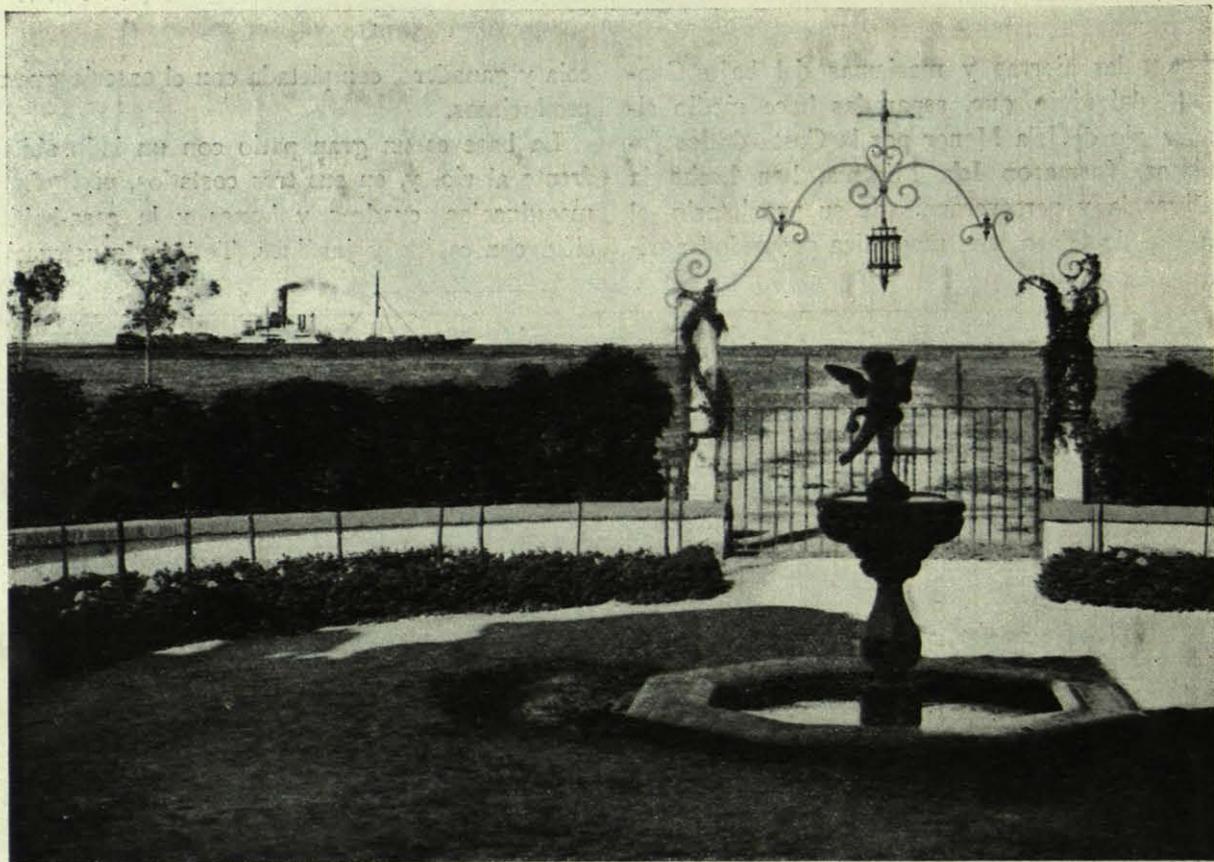
FRENTE DE LA CASA.

Arq. V. Traver.

es sencilla, sirviéndose de paramentos blanqueados, molduras muy simples y grandes contrastes de luz y sombra.

Hay una torre, de la gañanía, destinada a palomar; un silo para forraje, de 5,00 metros de diámetro y 9,00 metros de altura, construido con

tabique doble zunchado; unos boxes acusando un pórtico cerrado, y amplias puertas al campo en sus extremos, para la entrada del ganado que acude al abrevadero y fuente central. Preside la fachada del patio un retablo de cerámica con la Virgen del Rocío, patrona de las marismas.



LA FUENTE Y VISTA AL MAR DESDE EL ZAGUÁN.

Arq. V. Traver.



RETABLO DE LA VIRGEN DEL ROCÍO.

La casa tiene una galería de columnas de mármol. En el jardín hay pergolas, estanque, muro y portada al fondo, y una fuente de mármol rojo, sobre la que campa airosamente un amorcillo en bronce, del Verrochio.

Desde el hall o gran zaguán, que es también biblioteca, con columnas y arcos íntimamente ligados a toda la arquitectura sevillana, solería de ladrillos y azulejos, puertas talladas y grandes vigas de madera en el techo, se ven pasar a través del reverbero del sol que luce en estos campos, como navegando sobre tierra, y a pocos metros de la casa, los barcos que dan vida al gran puerto sevillano del Guada'quivir.

V. TRAVER.
Arquitecto.

* * *

En la propiedad del Sr. Olaso hay parte nueva y parte vieja. Gracias a ésta, el arquitecto ha podido enlazar su pensamiento con el de ese grácil siglo XVIII que tanta fuerza tiene todavía en las

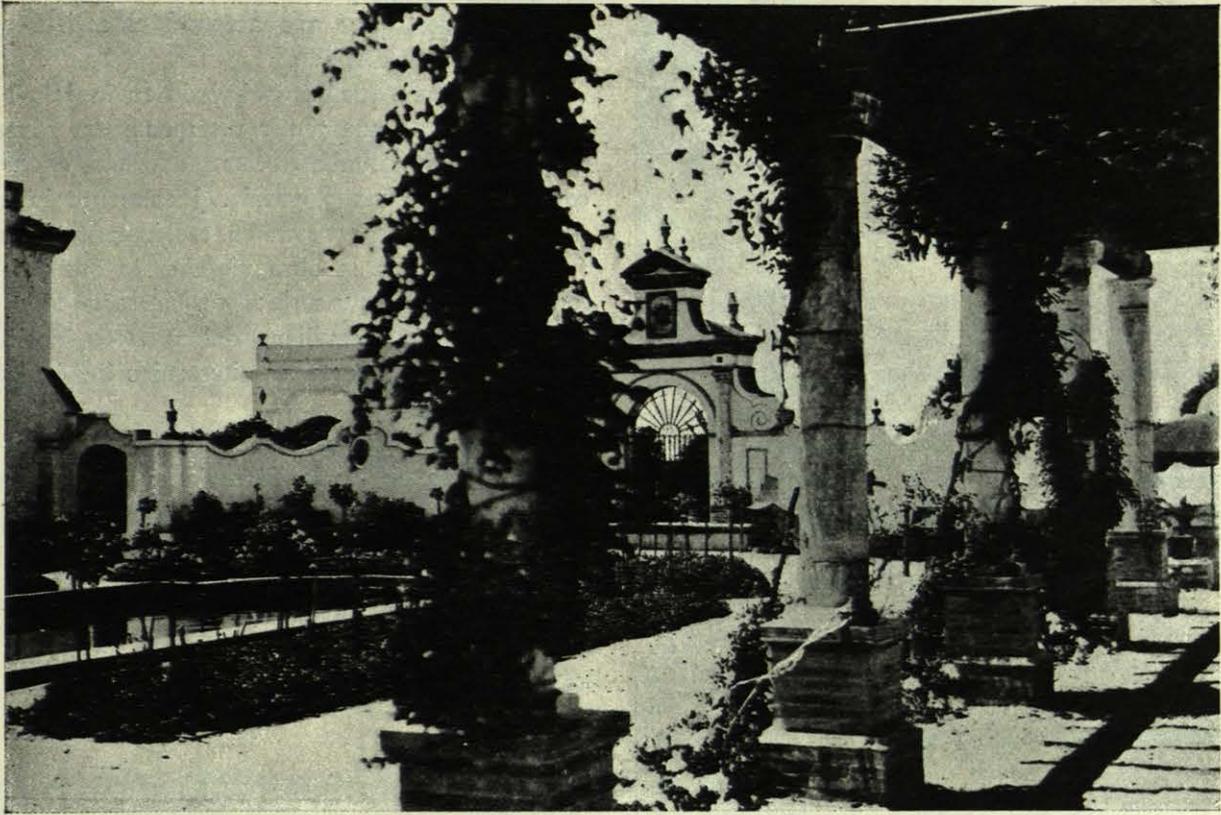
tierras andaluzas. En otro lugar he hablado del caserío andaluz (1) inclinándome a que su carácter proviene de la combinación de lo morisco y de lo rococo. No conocía entonces, ni siquiera de fotografías, este maravilloso conjunto de la Isla Mínima, y, al verlo, a los dos años de escrito aquello, me produce una satisfacción muy viva; como si todo ese caserío, toda esa obra—la vieja y la nueva—se hubiesen incorporado y levantado para confirmar lo pensado entonces.

Hay, en efecto, en esta Isla Mínima, tapias onduladas grácilmente, con jarrones en los salientes de cada onda, y ojos de buey que perforan el lienzo; hay portadas con grandes volutas que redondean la unión con la tapia y herrajes y cerámicas que declaran un estilo dominante francés, esencialmente gracioso; pero ese estilo, al fusionarse con la cal, la luz, los grandes muros limpios y las líneas horizontales y verticales de la arquitectura meridional, dejan de ser galaicos para ser definitivamente españoles. Es un fenómeno que se repite en la historia artística de España.

(1) V. Archivo Español de Arte y Arqueología. Número III. 1925 (Centro de Estudios históricos. Madrid).



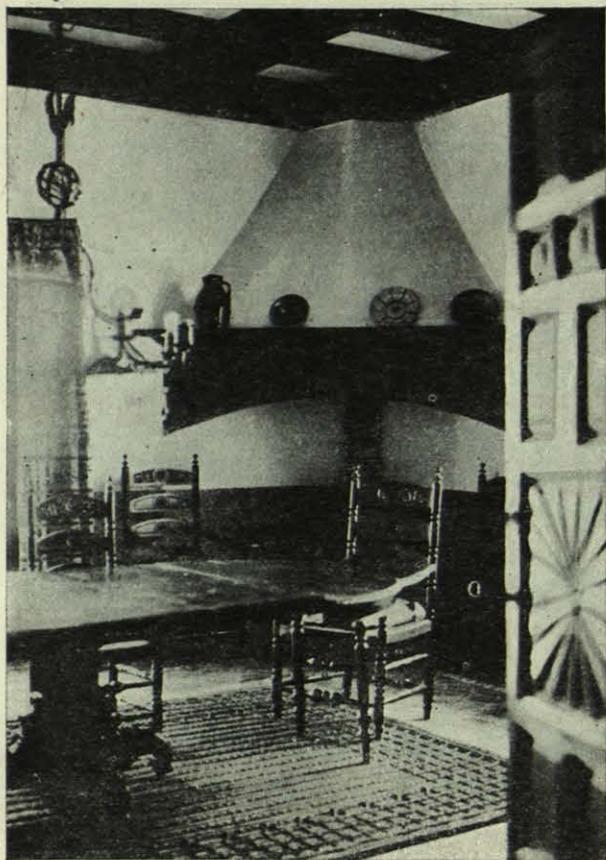
GALERÍA Y PORTADA AL PATIO.



PÉRGOLA Y PARTE DEL JARDÍN.



PORTADA Y TAPIA DEL MISMO.



COMEDOR.

Ese siglo XVIII ha sido un momento feliz para la arquitectura civil andaluza; no para la oficial, sino para la más modesta, la de los particulares. Algunos datos que hay en el ambiente me hacen esperar que entremos ahora en un nuevo período feliz para ella porque, si bien se mira, buena parte de la arquitectura novísima europea se inspira en lo elemental de la arquitectura musulmana, marroquí mejor dicho.

Si los arquitectos andaluces logran olvidarse del arco de la herradura y de toda esa belleza de abanico y de feria, que es lo que vulgarmente tienen por árabe, y aciertan a equilibrar lo que el Africa y Andalucía tienen de fundamental, con lo que sugieren los razonadores del norte, volveremos a situarnos en ese otro momento feliz.

Nadie puede dar la receta en arte, naturalmente. A lo sumo, lo que se puede conseguir es *la fórmula*, y eso si hay un artista capaz de darla e imponerla a sus contemporáneos. Pero cabe pensar que a veces esa fórmula, o buena parte de ella, existe en ciertos países de vieja civilización,

como el nuestro, y que acertará el artista que sepa leerla bien a fondo.

El arquitecto que ha trabajado en la Isla Mínima ha tenido que sentir vivamente esa fórmula que se le presentaba en cuerpo y alma, en cal y canto, en volumen y gracia. Justamente lo que sintiera y lo que pensara en ese instante de enfrentamiento con la obra vieja es lo que hubiéramos querido arrancarle; porque sería toda la fórmula del arte sevillano del XVIII, y, posiblemente, de todo el arte arquitectónico de Andalucía en ese siglo.

A esto puede contestar el Sr. Traver que su manera de expresar la fórmula es precisamente arquitectónica, y que ahí están la casa y anejos levantados por él ajustándose a lo antiguo.

Es verdad, pero la curiosidad intelectual es muy exigente y pide que vengan a su campo los operarios de todo género para que lo intuitivo se convierta en racional.

J. M. V.



ZAGUÁN.